

# Juan Rivera Arroyo

## La casa de la memoria rota

**LHG**



hesperides

JUAN RIVERA ARROYO

# La casa de la memoria rota



La  
Huerta  
Grande

ESLES DE CAYÓN  
2023

© De los textos: Juan Rivera Arroyo

Madrid, julio 2023

Edita: La Huerta Grande Editorial  
Serrano, 6 28001 Madrid  
[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-41-2

D. L.: M-21523-2023

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, C/ Valgrande 15, nave 2. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

*Me hubiera gustado dedicarle este libro a mi madre,  
Guadalupe,  
pero creo que ella preferiría que fuera para mi abuela,*

*Alma.  
Que así sea.*



## ÍNDICE

El proyecto: una introducción.....	13
Al sur del Soledad.....	19
Recrear la vida pasada: un intento.....	81
La vida en escenas .....	95
La mente y sus límites: una obsesión.....	133
El huracán de los años .....	161
El punto final: una despedida .....	187



«Corredores sin fin de la memoria,  
puertas abiertas a un salón vacío  
donde se pudren todos los veranos»

Octavio Paz, *Piedra de sol*





## El proyecto: una introducción

En mi realidad son las once de la mañana de un día un tanto brumoso y húmedo. Estoy sentado en el escritorio de mi oficina, y frente a mí hay un gran ventanal por el que veo una carretera solitaria que rebana el paisaje de montañas y pastizales. Me encuentro en el rancho de mi familia, La Compañía, lugar en el que nací hace cuarenta y tres años. Siempre me ha hipnotizado la transparencia de las ventanas, y por eso, cuando se construyó esta oficina, me encargué de que dos de sus cuatro paredes fueran de cristal. Por un ventanal puedo ver el amanecer y por el otro el atardecer. Es un privilegio sencillo, pero exclusivo como el que más.

Alrededor de los treinta años, llegué a la conclusión de que debía construir una pequeña torre en la que pudiera trabajar en paz, retirado del ajetreo de la casa y de la operación del rancho. La construcción es de tres plantas, de setenta metros cuadrados. La planta baja sirve como garaje; además de un auto, hay herramientas, cajas con objetos de otra época y un par de motocicletas descompuestas. Una escalera que rodea el edificio por el exterior conduce a los niveles superiores. En el primero se ubica mi biblioteca personal, que está compuesta en esencia por libros de arquitectura y poesía. Hay una sala de estar, un baño completo, un refrigerador, una cava de vinos y una televisión. El espacio cuenta con todo lo que necesita una persona, una sola, para vivir a gusto en soledad. Así fue planeado. En el segundo

nivel está mi oficina, que es donde escribo ahora estas palabras. Como he dicho, tiene buena iluminación y buena vista. Es un espacio bastante vacío. Justo al centro hay un gran escritorio con una silla a cada lado; la mitad del día me siento en una y luego en la otra. También hay dos tableros de dibujo, un cesto de basura y algunas pinturas colgadas en las paredes. Eso es todo. Me gusta que el lugar esté vacío. Sólo así puedo trabajar. El piso está alfombrado y siempre estoy descalzo. En esto soy estricto. Si alguien llega a entrar, debe dejar los zapatos en la puerta. Un porcentaje importante del trabajo aquí consiste en acostarse, estirar el cuerpo, respirar, cerrar los ojos y pensar. La alfombra tiene que estar limpia.

Soy arquitecto. ¿Es demasiado evidente? Hace más de una década diseñé este lugar para poder trabajar en alcanzar esa meta abstracta que es la *gran arquitectura*. Y hay que dejar bien claro que nada tiene que ver la dimensión física en el asunto; puede haber mayor arquitectura en una casa para pájaros que en un edificio metropolitano. (Quienes han podido experimentar la magia de la maniática materia de la arquitectura persiguen hasta la muerte la belleza y el reconocimiento, o bien, la grandeza. Supongo que es lo mismo con cualquier arte. Quizás también con el dinero. Y con el amor. Una vez que pruebas un poco de la sustancia verdadera quieres más y más, hasta el límite.) El propósito original del lugar en el que me hallo, desde su diseño, fue el de retirarme de la cotidianidad y hacer arquitectura. Sin embargo, ahora, justo en este momento, en esta línea, reconozco que es probable que el proyecto literario que he comenzado sea lo que termine de darle sentido a la construcción de mi pequeña torre. La ironía es que quiero escribir sobre la cotidianidad de los años pasados de mi familia.

Tengo la intuición de que es necesario que comprendas sin reservas este momento. Son las once de la mañana, eso ha que-

dado definido. Te falta saber que el año en curso es 2019; el mes, febrero. La bruma y la humedad de hoy no son algo inusitado en estas fechas. Verás, La Compañía se ubica a treinta kilómetros del puerto de Tuxpan, en el estado de Veracruz. A excepción de los días vaporosos al inicio del año y las lluvias incontrolables de verano, el clima se reduce a una constancia de soles abrasadores y cielos despejados. El rancho tiene una superficie de ciento cuarenta hectáreas. Si es grande o no, es relativo. De niño me parecía enorme y ahora tan sólo de buen tamaño. (Uno siempre quiere más, como he dicho.) Presiento que de viejo creeré que es el mundo entero. Sea como sea, mi torre no robó mucho terreno. Setenta metros aquí no son nada; mil, tampoco. Mi torre está en la parte frontal de la propiedad, cerca de la carretera. La casa principal está en el centro, sobre una pequeña loma que desde aquí puedo ver. Es lo que en México llamamos una construcción estilo hacienda. Tiene la clásica distribución con las piezas alrededor de un patio cuadrangular. Mi abuelo la comenzó a construir en 1962, y con ello se fundó el rancho. Pasarían décadas para que la casa se finalizara, y aun así las labores de restauración y remodelación no se detienen nunca. Es una obra interminable. Pero todo el esfuerzo vale la pena. La casa ha sido el recipiente de más de cincuenta años de crecimiento familiar, y tal parece que lo seguirá siendo por un buen tiempo. En el árbol donde ha llorado un viejo se columpiará un niño. Creo que eso es algo bello.

La historia que voy a contar se centra en mi padre, Porfirio, que murió el año pasado, a los setenta años. No puedo negar que sea esto lo que motive mi narración, pero no se trata de algo sentimental; eso lo he dejado fuera de estas líneas. El final de su vida marcó también el de un proyecto artístico, arquitectónico y mental, y su exploración será el objeto principal de este libro. El proyecto es la casa de la memoria, como lo he llamado. En él

cabe toda mi existencia y la de mi padre y la del suyo y también la de mi hija. Se trata de una casa que comenzó a construirse en la isla de Cuba y que, de algún modo, se terminó muchos años después, aquí en México.

Sucede que mi padre nació en la mayor de las Antillas, en 1948, y vivió con mis abuelos por una década en un rancho (allá dirían finca) en la provincia de Cienfuegos. La de mi padre fue una infancia dichosa, pero cuando se refería a esa época no podía evitar que el resquemor gobernara el tono de sus palabras. Y es que, por cuestiones políticas, en 1959, mis abuelos tuvieron que abandonar su propiedad, también llamada La Compañía, y zarparon con mi padre hacia México, su patria por adopción. Muchas veces, y en especial en los últimos años, ocurría que mi padre se incomodaba cuando alguien mencionaba el nombre de Cuba. Era un reflejo. Prefería cambiar pronto de tema y olvidarse de aquello. Tanto se esforzó en dejar atrás su experiencia cubana que se deshizo de todo rastro caribeño en el habla. Pero algunas cosas fueron imposibles de borrar. Sus gustos en cuanto a música y comida, por ejemplo. Y uno de mis momentos favoritos en la vida (¡con qué poco se erige la felicidad!) era cuando él afirmaba algo del estilo: «No hay mejor mar que el de Oaxaca» o «Ese negocio va a fracasar», y luego, con una sonrisa, remataba: «Te lo dice un cubano». Había que encontrarlo de buen humor, pero la chispa de orgullo y travesura en sus ojos te hacían también sonreír. Lo decía como si la nacionalidad cubana te diera por automático suficientes credenciales en la materia correspondiente para dar una opinión experta. En los últimos meses, en repetidas ocasiones, me he descubierto diciendo la frase.

Esta información, aunque parezca insignificante, es todo lo que necesitas saber por ahora. La historia comenzará en Cuba, en los años de infancia de mi padre, cuando nació el proyecto de la casa de la memoria, por lo que creo conveniente que el capítulo

siguiente esté escrito desde su punto de vista. Será una reconstrucción a partir de la infinidad de pláticas que tuvimos a lo largo de toda la vida; debo decir que la mayoría de ellas ocurrieron en caminatas o viajes en automóvil o incluso haciendo algún trabajo en el rancho. A lo mejor sea preciso rescatar ese detalle: con la salvedad de una reciente serie de entrevistas, no recuerdo que platicáramos sin estar en movimiento, haciendo algo. Cuando nos deteníamos a descansar o llegábamos a nuestro destino o terminábamos el trabajo, venía el silencio. Claro, esta constante sólo aplica para los momentos en que estábamos a solas. En la mesa familiar era otra cosa. Ahí podíamos tener conversaciones de toda naturaleza, pero por lo regular no eran íntimas. Y uno podía darse cuenta a la distancia de que mi padre, Porfirio, guardaba muchas cosas. Tardé años en comprender que aquello que se reservaba tenía que ver, casi por completo, con su infancia.

De alguna manera voy a invitarte a entrar a mi oficina. (No olvides quitarte los zapatos.) Cuando te canses de escucharme, tómate un tiempo y sal a respirar aire limpio. Allá abajo hay vino y un tablero de ajedrez con una partida a medias. Cuando vuelvas, aquí estaré yo, en una de las sillas del escritorio, dispuesto a seguir con el relato.

Quiero que comprendas la dificultad que me significa expresar esta historia con palabras. Me sería más sencillo dibujarla, pero si me animo con la redacción es porque nadie más conoce ciertos detalles y porque sin duda hay otros que anidan en mi subconsciencia y sólo se manifestarán durante la escritura. Me he propuesto no realizar ni un trazo con la escuadra sino hasta que escriba el punto final de este proyecto. Mi compromiso contigo es el mismo que hago con el que ha de habitar los espacios que dibujo: que la estancia sea una experiencia de belleza y comodidad.

Mi nombre es Alejo Belmonte.

Ahora ven, pasa.

